

Ángel Rupérez

Lo que han visto  
mis ojos

(1990 - 1991)

EDICIONES EL BANQUETE  
Madrid 1993

1. Lo que han visto mis ojos .....	9
DIAS LARGOS Y PROFUNDOS .....	11
PICOS DORADOS .....	12
MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y TANTOS .....	13
LOS SURTIDORES .....	14
LAS VUELTAS .....	15
UNA CONVERSACION .....	16
LA MEMORIA DE HOY .....	19
CUANDO ME CANSABA .....	21
LAS TABLAS DE LA VIDA .....	22
LO QUE BUSCABA .....	23
EN MI BALCON .....	24
EL SUEÑO QUE ME ESPERA .....	25
LAS NUBES .....	26
HACIA ARRIBA, HACIA ABAJO .....	27
EL POZO DE LA MEMORIA .....	29
CUANDO SEMBRE .....	31
LA NOCHE .....	32
LA ESCALERA .....	33
LA LINTERNA AFUERA .....	35
UN DÍA SIN DESTINO .....	37
CABALLOS EN LA NOCHE .....	38
2. El viaje .....	39
VIAJEROS .....	41
JORNADAS MUY LARGAS .....	42
LAS MIGRACIONES .....	43
EL VIAJE .....	44
EL REGRESO .....	46

## DIAS LARGOS Y PROFUNDOS

Días largos, cada vez más largos, y profundos.  
Duran tanto que no puedo dormir si los recuerdo.  
Y si los sueño y los imagino como ilusiones infinitas,  
entonces deseo comenzar con cada nueva luz  
pues entonces concibo un nuevo día como un renacimiento  
y a mí me pongo nombre nuevo por cada día nuevo que me  
toca vivir.

Entonces soy otro cada vez que respiro, y cada vez que miro  
soy muy distinto en el ventanal de mi mirada.  
Así, sumando día a día, como si fuera eterno  
saberse apaciguado, voy tras de ti, silvestre pájaro,  
oscuridad radiante, enramada perfecta, jubilosa nube  
en llamas por el fuego del sol que hoy se hace eterno.  
Días largos, cada vez más largos y profundos y, sin  
embargo,  
límites cortos de mi ansiedad, cada vez más cansada.

## PICOS DORADOS

Tráeme tu mensaje, pico dorado, alada flota  
que conversas conmigo, sin cita, sin objeto.  
Y dime: ¿qué me traes hoy?; ¿espigas de trigo?;  
¿hojas encontradas en las arboledas, frutas  
abandonadas en los baldíos, una hoja de laurel rota?  
¿Traes fechas? ¿Tienes tú acceso a ese misterio?  
Una fecha es una rama reseca, en un perpetuo otoño,  
o también un milagro convertido en miseria  
porque en aquel instante no acudió el escultor  
para esculpir en la piedra la quietud del aire  
que fue también el único misterio del amor.  
¿Espigas de trigo? ¿Pepitas de cereza?  
¿Noticias del laurel florecido, visto por ti?  
¿Testimonios de la plenitud, como ríos crecidos,  
frutales cultivados, hojas llenas de savia  
de árboles llenos de vida? ¿Espigas otra vez?  
¿No traes fechas? ¿Tampoco días? ¿Ni siquiera años?  
Pico dorado, vuelve mañana y trae las espigas.

## MIL NOVECIENTOS OCHENTA Y TANTOS

Una fecha: un recuerdo, sólo un recuerdo. Junio.  
Mil novecientos ochenta y tantos. Mediodía.  
Detrás de mí oigo una acequia. Miro  
y en la hierba veo la reverberación del sol  
fundida con el agua o el agua fundida  
con la reverberación del sol, como en el mar  
a veces pasa que la vista no logra discernir  
si es el cielo quien se ha ahogado en el agua  
o el agua quien ha consumido los tizones del cielo.  
En las verjas, llamas, y en la verdosa  
herrumbre, oro pulido y labrado incendio.  
A los lados árboles con las hojas nuevas  
y en el centro, junto al conversador, el sol,  
sacando chispas del pedernal estéril.  
Frente a mí las ventanas y en sus cristales,  
junto a las reverberaciones, la imagen de mi dueño:  
otra imagen fundida con la primera y una mirada.  
No tiene nombre la mirada. Pero me espera.  
Se lo digo a mi interlocutor. Se vuelve.  
No ve nada. Ciega el sol sus ojos.  
Detrás de mí la acequia, un surtidor.  
Un murmullo. Penetra el surtidor en la tierra  
y saca un recuerdo: estábamos aquí,  
en mil novecientos cincuenta y tantos, convertidos  
por la luz en agua para ser hoy memoria.

## LOS SURTIDORES

### (I)

Yo sé que no te vas, mes de las conversaciones recordadas.  
Y si lo dudas, si tú lo dudas, óyeme bien:  
iré al santuario de los surtidores y de las acequias  
y besaré el agua, y te rescataré de allí, donde estás vivo.  
Apresado en una hora, atrapado en mi redención,  
fijo en la penumbra, compenetrado con la hierba,  
sigiloso como una brisa sin dueño, besaré el agua  
y te pondré junto a mí en la hora acordada  
en la que imaginamos el futuro que hoy se perfila.  
Mira la luz, observa su pureza, su bienestar,  
la fuerza de sus variaciones infinitas, y piensa:  
"No muere nada; estamos allí; no nos fuimos de allí".

### (II)

¿Quién puede dudarlo? No el agua que chorreaba  
el surtidor que persiguió mi vista para bendecirlo.  
En medio de las chispas del acero de las verjas,  
con el sol dispuesto a revestirme y a saquearme,  
convencido de mi mendicidad, allí te vi y allí te veo.  
Entonces ya sé, espera, no te vayas, aguarda,  
que vuelvo con mis maletas y mis pocos enseres  
para explicarte mi vida: no me he ido, aquí estoy,  
un día como hoy que tú y yo fabricamos una vez.  
Mira el agua fluir y a la hierba brillar.  
Esa es nuestra obra: nos hemos quedado  
mientras creímos estar muertos, ausentes, desahuciados.  
Pero plantamos aquí la planta de nuestra visión  
y hela aquí, más poderosa que tú y que yo.  
Por eso sabemos que nada se ha ido, ni nosotros,  
quienes conversábamos, ni ella, quien nos esperaba.

## LAS VUELTAS

¿Cuántas vueltas daremos? ¿Cuánta noria seremos?  
Como molineros que esperan de la harina  
su salvación, su creencia y su pan, así seremos:  
como amantes que se imponen un horario  
inflexible para llegar más tarde a su meta  
o para no llegar nunca a ese destino inútil.  
Y venga a dar vueltas, una tras otra,  
con flores cada vez distintas en el cesto,  
con comidas distintas, con aromas distintos.  
Unas veces las margaritas maduras de la estación,  
con los pétalos blancos y el corazón profundo;  
otras los pensamientos dulces del jardín preferido.  
Unas veces frutas, otras cosechas, algunas veces pan.  
Olores del ciprés, fragancias tersas del arrayán mojado,  
o delicias de romero traídas por el viento.  
Hasta que la tarde llegó a su fin: cesó la noria  
y se paró el impulso y se fijó el recuerdo.  
Entonces anoté: pon en esta luz tu estrenada esperanza  
porque un día volverás a recoger el trigo  
que conservó el buen tiempo en el cesto del adiós.  
El trigo, los olores, las comidas, los frutales,  
y las flores hincadas en la tierra para vivir.  
Entonces viviré junto a tu lado y ya no moriré.

## UNA CONVERSACION

### I

Si no fuera por los árboles no vería el viento.  
El viento que sacude las ramas hasta doblarlas  
y saca a las hojas de su silenciosa serenidad veraniega.  
Aunque no hay traición en esto y ni temor siquiera.  
Sólo hay el soplo de un señor que nos visita  
haciéndose notar cuando anochece por debajo del cielo.  
Llama a mi casa, se sienta en la butaca y dice:  
"Mira, ése, el que agita y doblega a las ramas,  
ése soy yo. Y el que limpia la atmósfera,  
y el que abre las puertas a una pureza incomprensible.  
No viajo, no. Ya estoy demasiado viejo para hacerlo.  
Sólo medito y recurro a visitantes como tú  
para indicaros en silencio el fruto de mi cansancio.  
Venga, sella mi pacto y pon fin a tus preguntas  
y deja que las ramas hablen por mí y que me olviden".

### II

"¿Y por qué nos visitas si estás viejo?  
¿Por qué provocas con tus bailes mansedumbres divinas,  
letargos para la vista que son insinuaciones  
de sueños prolongados, quimeras inocentes,  
deseos de descansar por hoy y para siempre?  
¿Por qué purificas la luz de las farolas  
y la depositas luego en manos que no tiemblan  
y haces que yo la beba y que todos la beban?  
Di, ¿por qué es así?; ¿por qué eres así?"

### III

"En realidad yo ya soy viejo. Esa es mi verdad.  
No tengo la serenidad que tú me otorgas.  
Soy un vagabundo que sabe demasiado  
lo que es la fatiga y no es como tú crees

mi descanso ideal agitar blandamente  
las ramas florecidas de las acacias nuevas,  
tu infinita ilusión, tu eterna confianza.  
Mi descanso es llegar a la meta esperada  
que es casi morir, y entonces te diría  
lo que sí es mi descanso, mi infinita ilusión.  
Peregrino por siempre, tu fe tal vez me salve  
si sigues mi camino desde el principio al fin:  
un nacimiento, un origen, algo viejo y seguro.  
Después una aventura, un obligado viaje,  
un calendario fijo, dos o tres fechas.  
Por último, una meta absoluta, la final certidumbre.  
Mis viajes de ida y vuelta: helos ahí resumidos".

### IV

"No es lo que yo encuentro todo lo que tú encuentras.  
Me fío de mi vista. Ignoro tu cansancio.  
Tu vejez desconozco. No sé nada de viajes  
con el final fatal marcado de la muerte.  
Tú nunca mueres. Tu compás y tu ritmo  
son los de la vida, como compruebo siempre  
que mi vista acapara los pasos de tu danza.  
Como compruebo hoy: míralo, ahí estás,  
con el cortejo eterno de la música nueva,  
con el sol que declina tal vez para mirarte:  
oleajes pautados, doblegamientos gráciles,  
ramas entrelazadas en abrazos fugaces  
y después la mansedumbre, la quietud de nuevo.  
Mi mirada no engaña: demasiado bien sé lo que eres".

### V

"¿Tu mirada no engaña? ¿Sabes bien quién soy yo?  
Adiós a tu mirada. A tu deseo adiós.  
A tus manos mojadas en la luz de las lámparas  
que yo purifico, adiós, y a tu sed y a tu hambre, adiós.  
Apacible vigía, vigilante constante,

guardia de mis secretos, sereno de mi destino:  
adiós. Sábelo bien: hoy me obligan mis fechas,  
mi calendario exige que me tenga que ir.  
Hoy me obliga mi fin: mi estación eres tú.  
Sella bien mi suerte. Certifica quién soy.  
Adiós. Es la hora de morir. Ese soy yo".

## LA MEMORIA DE HOY

(I)

Mira el milagro de hoy cuando sellan mis ojos  
con su asombro la vieja aventura de la luz.  
Ahí está, preparada para servir de nacimiento  
a los que quieran viajar por sus confines  
como si fueran nuevos en la vida, recién estrenados.  
Ese es su bautismo: saber que resucitan  
cada vez que se entregan, como los niños  
lo hacen sin cansancio, sin ni siquiera afán  
de guardar en su recóndito cofre sus enormes ganancias  
(los caramelos que quedaron allí con el papel  
intacto para volverlos a chupar cualquier día eterno).  
Pero no resucitan. Viven, se entregan,  
sellan pactos profundos con la paz que contemplan.  
Y no viajan. Se quedan. Únicamente miran  
y llegan a saber que tal vez no haya muerte,  
y se aseguran a ellos mismos que nunca conocerán la  
muerte.

(II)

Y si la hubiera, si alguien poderoso pronosticara el fin  
y sus ojos vieran un día una noche invencible,  
algún remedio habría para esa todopoderosa enfermedad.  
El remedio sería la visión, la memoria de hoy,  
el hecho de haber sabido colocar allí un testigo  
en el entramado de las fulguraciones de la vida.  
Pero la vida, dirían, está en manos de la esperanza  
y su esperanza fueron los clamores de la ilusión  
y su ilusión sólo fue desear lo que veía.  
Y vio al atardecer nunca la muerte,  
jamás ese pronóstico, ni siquiera una enfermedad,  
ni un pétalo caído, ni una rosa maltrecha,  
ni tampoco, en el caso de haber recogido el pétalo  
en la noche, la sensación de haberse topado

con la muerte. Era sólo un accidente, un pie  
descaminado que pisó el jardín y dejó esa huella  
que esa tarde nada significó pues la ilusión  
era creer únicamente en lo que veía  
y lo que vi fue la vida enredada en las alas  
de la tranquila luz que presagiaba en mis ojos la eternidad.

## CUANDO ME CANSABA

Antes, cuando me cansaba, cuando era viejo,  
veía en las arboledas bienaventurados oasis  
para morir y soñaba con llegar a ellas  
aunque estuviera lejos en medio de la vida.  
Ahora ya no recuerdo esas largas esperas  
en el desierto de la vejez aquella ya olvidada.  
Ya he llegado a la arboleda de mi juventud,  
ahí, junto al puente, al lado de la corriente  
del río, y he decidido sólo mirar y descansar.  
Veo lo mismo que veía porque nada ha cambiado.  
El tiempo no ha pasado, tal como alguien dijo  
aquella tarde: "No pasará el tiempo; no te preocupes".  
Y fue verdad aquel pronóstico. Nada ha cambiado  
y ni siquiera mi tiempo, la edad estropeada,  
la consumida vida en el afán, todos mis viajes  
y mi profundo exilio, mi eterna lejanía, me han desgastado.  
Por eso soy joven ahora que ya no tengo  
edad de recordar, y por eso ya no espero  
en el desierto como lo hacía antes, sin esperanza.

## LAS TABLAS DE LA VIDA

Como si fuera el barco el herido  
y mías las manos que juntan las tablas de la vida,  
reconstruyo esa escena que vi para siempre.  
La reconstruyo con los datos de mi visión de hoy:  
árboles tupidos de fragor de verano,  
verde condensado con tinteros celestes,  
claridad que avasalla las cortinas del sueño.  
Un árbol, determinada floración, ciertos focos de luz.  
Y un hombre que se entromete en el mundo  
prometiéndome ser él quien conduzca el testigo  
a las manos que esperan en el otro futuro:  
el futuro al que regresaré para ser yo quien viva.

## LO QUE BUSCABA

He caminado tanto y me he perdido tanto  
que hoy, algo cansado, repaso en la memoria  
donde únicamente pasos y más pasos encuentro.  
Buscándote en los fondos lejanos de la vista,  
en el ensueño del atardecer caído como fuego  
y apagado por manos protectoras en invierno  
(cuando quemarse no era temer como el caballo  
la huella salvaje del hierro al rojo vivo).  
Ahora lo recuerdo: en las puertas de junio,  
en la calle de los recuerdos, con más dolor  
que lástima, como arrastrado por mí,  
te busqué y te busqué sin saber bien quién eras.  
Pero sabía que en la ilusión de los árboles  
—eternidad de chopos, infinitud de acacias—  
estaba la brisa entrelazada con la luz  
y juntos, junto a mi vista alzada,  
creaban mi destino, el único destino.  
La distancia de mi vida muerta en un árbol.  
¿Era lo que buscaba? ¿Era lo que quería?

## EN MI BALCON

Ven a mi balcón, descansa y cuéntame,  
tú que vives en un lugar tan alto al que no llego,  
si tengo yo estatura para elevarme un día  
y compartir contigo tus secretos arcanos.  
Y nos iremos a tu rincón, el que ahora  
veo con nostalgia, en la pura distancia,  
demasiado lejos tal vez de todo lo que siento  
(no lejos de lo que siento sino lejos  
de lo que crea mi sentimiento con los ojos).  
En el rincón, decía, me enseñarás la ruta  
que ahora es el misterio, la única vía  
de acercarme a tu casa, la única  
interrogación que no cuaja fundiéndose  
contigo y con tu vuelo, amigo mío eterno.

## EL SUEÑO QUE ME ESPERA

Sin el rojo apagado de las hogueras consumidas,  
sin el amargo rosa de las rosas cortadas,  
sin el mustio naranja de las rosas marchitas,  
he ahí el sueño que me espera, cada vez más azul.  
Yo no sé nada de ese sueño, pero en su casa  
vivo, en el umbral, esperando a que el señor,  
cuando abra la puerta, sorprendido de ver  
el cuenco entre mis manos, me ofrezca pan  
y luego me aconseje pasar la noche allí,  
en la cama que dejó el último mendigo.  
"Gracias, señor", le diré, y, al ver el fuego,  
los leños encendidos, las chispas afiladas  
por el tiro, preguntaré si el fuego es para mí,  
si yo también tengo derecho al calor de la lumbre.  
"Sopla", dijo, y vi la vida arder y me acosté  
en la cama con la esperanza de vivir para siempre.

## LAS NUBES

¿Adónde van las nubes? ¿Tienen destino?  
¿Y los pájaros? ¿Se dirigen a un puerto  
o a una casa cercana, o a un día  
hospitalario que los da de comer?  
¿Y la luz? ¿Dirige alguien la luz  
como lo hace el farero con el faro  
para orientar los barcos en la noche?  
Nada sé. Yo no soy pájaro, ni nube,  
ni siquiera luz y me limito a mirar.  
De mi mirada saco lo que puedo;  
un mirador escrupuloso para observar  
las horas cuando van a perderse  
y dejan una señal de muerte soportable  
en el aire que sopla o en el viento  
que calla: una indicación de porvenir  
y acaso un puerto, una casa o un día  
que son los que el pájaro solicita chillando.  
Entonces la nube sigue y la luz persiste  
y mi mirada consigue que sus orígenes la colmen.

## HACIA ARRIBA, HACIA ABAJO

### I

Mira hacia abajo; hoy toca hacia abajo.  
Pero es lo mismo: hasta abajo la brisa  
consigue que las hojas se eleven  
como si fueran pájaros y las hojas  
consiguen que los pájaros se agoten  
en el umbral del sueño, antes de dormir.  
Y los hombres –ese hombre, esa mujer–  
descienden hasta el cielo que contemplan  
desde su altura de seres animados  
por debajo de las hojas en el rango de la eternidad.  
Y se elevan hasta la tierra y hacen nidos  
para los pájaros que vuelan y las hojas  
que rozan la luz y la brisa que arrastran.  
Y todos juntos, en la armonía de no saber  
quién es quién, en la seguridad de ignorar  
el destino de nadie, celebran la reunión  
de elevarse hasta el cielo que siempre les habla.

### II

¿Todos miran hacia arriba? ¿Todos miran?  
Una pareja de ancianos camina y recuerda:  
Así era; así fue; así tendrá que ser.  
Y no lloran, créeme; no lloran.  
Aceptan la limitación de su conocimiento  
y las fronteras de su edad, muy quebradizas.  
Y, juntos del brazo, limitándose a ser,  
conciben que ahora mismo les toca el paraíso.  
Miran hacia arriba y traen en las manos  
un temblor confortable de confianza y tiempo.  
Tiempo no de atrás, sino tiempo de ahora,  
de la luz que ven, de la música que oyen,  
de la serenidad que sienten en los brazos.  
Por eso siguen sabiéndose los dueños  
de su vida, e incluso de sus fronteras

quebradizas, que a veces obsesionan, a veces.  
Míralos: beben como yo lo que nos toca,  
el rincón de universo, la floración de junio,  
la brisa acumulada en la nube perdida,  
el repentino aluvión de un azul cristalino,  
como el del agua, más claro que el agua.

### III

Y hacen bien en vivir así: siguen su camino,  
van a ciegas detrás de su destino,  
reconocen la música que les trae y les lleva  
hacia donde de sobra saben que morir no es penoso.  
Confiadamente hablan de sus pasos,  
de sus recuerdos callan,  
de su futuro ignoran eslabones inciertos,  
de su presente aprecian el regalo  
que para ellos significa este largo silencio,  
esta luz que se ahoga lentamente  
en sus ojos; esa brisa que se enreda  
poco a poco en el fuego; ese celeste  
acorde que ninguno esperaba pero que todos  
beben como si fuera agua lo que el alma  
les pide; ese convencimiento  
para saciar la sed, para quitar el hambre,  
para ascender si es preciso  
con paciencia y cuidado  
los peldaños dorados del día esplendoroso:  
una calle, una casa, un sol, una llamada,  
un silencio, una música, una iluminación,  
un recuerdo, una seguridad, un convencimiento.  
Algo más claro todavía que el agua:  
un renacimiento, una primera luz, un primer manantial,  
una primera noche, una gloria sin nombre.  
Algo que ellos poseen. Algo que yo tendré.

## EL POZO DE LA MEMORIA

### (I)

He mirado hacia dentro y he buscado.  
Ha sido fácil: ayer encontré un pozo  
en mi memoria donde nadaba yo  
con mi mirada buscándome en la tarde  
progresiva de mi amor compartido con la luz.  
Allí estaba el silencio, la brisa desplegada,  
el rutinario paseo de un padre y una madre,  
el rosal florecido tal vez antes de tiempo  
y mi curiosidad compacta de mi vida en la vida.  
Todo renació en ese instante y no sabía  
el nombre que poner a mi florecimiento  
y al triunfo absoluto de la vida conmigo.  
Felicidad, tal vez, o, sencillamente,  
alcance con mis manos de la uvas del cielo  
(las uvas ácidas de la parra, siempre verdes,  
y un día, de repente, en el otoño,  
ya maduras, religiosamente maduras,  
y, sin embargo, todavía ásperas, aún ásperas,  
porque no había crecido todavía para saberlo.  
Así el cielo ayer pero ya maduro,  
él absolutamente maduro, muy dulce y completo).  
¿Las uvas del cielo? Sí, los racimos  
de la luz sonrosada tan cerca de mí  
como las uvas aquéllas de la parra  
hasta que un día, en otoño, casi negras,  
recubiertas del polvo seco del verano agotado,  
se ofrecían a la boca para quitar la sed.

### (II)

Hubo algo más en el pozo de la memoria.  
Hubo precisamente inmovilidad y saber  
que de allí, repetido siempre como paseo  
justo que había edificado con mis sueños,  
no saldría nunca, repleto y consumado.

Caminaría como los padres distraídos  
en la inmovilidad creciente de su vida,  
seguros de su camino, hartos de no perderse,  
confiados en los límites de su visión  
(su visión era apropiarse del tiempo  
y apuntar con rojo las fechas del regreso  
para no perder nunca la posibilidad de la vida.  
Su visión era ir y venir en el carril  
minúsculo del niño que se apropiaba  
de su tiempo regalándoselo con su seguridad  
de hijo que lo sabe todo de sus padres.  
Su visión era destacar del día los pedazos  
del cielo caídos como las frutas maduras  
sobre el prado de la eternidad de las costumbres.  
Su visión era incluso el dulce sabor  
del helado comprado con dinero de infancia).  
Caminaría como ellos para no perder nunca  
la felicidad consumada de un verano perdido.  
Caminaría, caminaría, caminaría  
en el paseo edificado por mis sueños  
para luego sentarme y ver que ellos  
me siguen hasta donde ahora me encuentro  
contemplando cómo caen las frutas  
al pozo de mi memoria sosegada.

## CUANDO SEMBRE

¿Vas a acabar? No, no vas a acabar.  
Aquí te espero, sentado, esperanzado, fijo,  
y veo que te prolongas hasta donde ya  
no comprende mi ilusión. Veo que te prolongas  
como un mes esperado en la estación tardía  
de aquel tiempo que ahora comprendo y reconozco.  
Aquel tiempo, ahora, entrelazados, como en el trugal  
se entrelazan al tallo los claveles silvestres,  
se anudan a mi mesa como si en ella  
el trigo se dorara para una interminable cosecha.  
Y de esa cosecha sacaré lo que deja  
el rastrojo para octubre: un silo de recuerdos,  
un almacenamiento de frutos sazonados,  
una concentración de granos que comeré  
algún día, no aquí, sino allí, cuando sembré.

## LA NOCHE

Habla de la noche. ¿Qué sabes de ella?  
Un color: azul oscuro; un presentimiento:  
arden los ríos de fuego más allá de mi vista,  
en la terraza donde nace y muere la luz,  
en la distancia donde moja sus dedos el asombro  
en el agua templada de la vida continua.  
A veces, intermitentemente, una mancha:  
una nube perdida, o muerta, o fatigada.  
Pero no es un borrón: es sólo una mancha.  
Más allá, a donde no llego,  
en la explanada en la que quiero vivir,  
allí, donde me fatigo, donde me canso,  
un resplandor, un manantial de luz.  
Rojo macilento de cenizas calientes,  
suave violeta de brasas sofocadas,  
reverberación azul, lenta y capaz, intensa.  
Allí no llego, ya lo he dicho: no puedo.  
Pero más acá, un habitante, un solitario  
habitante, casi un mendigo: yo mismo  
dando de comer a mi pájaro cansado después  
de caminar y caminar toda una tarde.  
Come, pica, respira, mira, silba  
y, de pronto, vuela, se pierde y pone fin a su vuelo.  
Esta es la noche: fosforescencias de azul  
luminoso, presentimientos de fuegos lejanos,  
cálculos de la vida, hogueras de la muerte.  
Y un pájaro: el mismo que sin duda mañana volverá.

## LA ESCALERA

### I

Pon una escalera: decídetete, asciende, llega.  
Contempla el horizonte; regresa luego  
con las noticias de tu costoso viaje  
a las alturas de tus ojos desvelados,  
hoy, ayer, mañana, siempre, jamás.  
No hay tiempo, no, ya no hay medida,  
y entonces contaré que vi explanadas  
de lavanda florecidas, como en un sueño,  
y que prometí desvelar el secreto  
con paciencia, durante años, durante  
toda la vida que durara mi vida.  
No he llegado al fin; aún no sé todo.  
No pude saberlo entonces. Pon escaleras.  
Sube; asciende; otea el horizonte.  
Trae lo que veas, las flores de lavanda,  
el florecido espliego junto al huerto,  
la reverberación del sol en los ladrillos,  
las señales de humo de la hoguera encendida.  
Tráelo; descríbelo; hazlo saber  
y luego descansa porque aún no lo sabes.

### II

¿Qué clase de horizonte? ¿De qué hablas?  
¿De los árboles atravesados por las llamas  
de junio, de las hojas reverdecidas  
por las hogueras de junio, por las brasas de junio?  
¿De la distancia vista en la cercanía  
del corazón sediento, puede que enfermo,  
un día cualquiera, tal vez hoy mismo?  
¿De aquellos pasos que aún resuenan  
como resuena el aire en la resina  
de los pinos tajados para sangrar  
el sol que antes bebieron junto a ti?

¿De ti mismo tumbado una vez más  
bajo los pinos, bajo las nubes,  
bajo un alero nuevo como un corazón de niño?  
¿De la música del vuelo de las águilas  
junto a la vida que me esperaba a la hora de soñar?  
¿Ese es el horizonte? ¿Ese eras tú?  
Pues espera: devuélvemelo, cuéntalo.  
Túmbate, sueña; espera. Cae el sol.  
Oyes una voz. Vas hacia allí. Allí está.  
Un hueco, una sombra, un prado, una inmensidad.  
Ahora mismo, sin medida, sin tiempo.  
Túmbate y cuéntalo: sueña contigo.

## LA LINTERNA AFUERA

(I)

¿Qué huellas están donde vivimos?  
Saca la luz; saca la linterna. Una mecha,  
una cerilla, incluso una estrella distante  
puede servir. La luna espectral  
viene en nuestra ayuda sosteniendo  
el candil de los inviernos luminosos.  
Ya está: esta es la huella. Mírala;  
tócala; planta sobre ella otra vez la pisada  
de hoy; camina otra vez, sigue,  
con la cerilla sostenida en las manos  
por si llega el invierno y acaba con la luz.

(II)

¿Era la misma luz, el mismo vasto cielo,  
la misma estación, los mismos pasos muertos?  
Los mismos pasos vivos, querrás decir,  
porque los oyes, los escuchas, incluso  
los palpas como si fuera arena el oído  
y música los pasos, incluso clavos  
la vida clavados en el camino arenoso  
donde esta misma luz saca del tiempo  
la memoria que sirve para arder.  
Ardemos: caminamos, oímos a los lados  
soplos de viento, relinchos de caballos,  
croar de ranas, crepitación de brasas,  
aromas de los pinos, susurros de recuerdos.  
Saco la luz: doy fuego al tiempo  
y consigo que ardan nuestros rastros  
tan vivos como ayer, todavía no muertos.

(III)

Un rastro de luz en medio de la noche.  
Una linterna. Una bombilla. Una cerilla  
que en manos invisibles desafía al viento  
y resiste los soplos de la vida y la muerte.  
Una vela en plena noche, en el desván  
de la casa muy a oscuras, en el rostro  
de una hermana convertida en la tea  
de las llamas reflejadas como ascuas  
sacadas de la ceniza en pleno invierno.  
Así luce, trémula y distinta,  
en el horno de mi pasado, allí, tan lejos,  
aquí, tan cerca, entre mis manos.

(IV)

Pregúntale a la noche. Dile quién es.  
¿Responde? ¿Suena? Azul tupido  
de centelleos que huyen hacia el cerco  
donde limita el universo con mi vida.  
Allí, tan lejos, aquí, tan cerca,  
en la carretera de los destinos compartidos,  
los vuestros y el mío, caminamos, andamos.  
No sabemos adónde vamos pero vamos  
en la dirección donde el azul tupido  
centellea en el prado de mi fe que te acosa.

UN DÍA SIN DESTINO

Recordar como hoy un día sin destino  
y ser alguna vez esa altitud en que navegan  
barcos con las velas quemadas por el sol  
de la tarde. Pero poder elevarse al mismo tiempo,  
las velas aún quemadas, no sólo para andar,  
bogar más lejos, surcar todos los mares,  
sino para exhibir las ganas, la voluntad mejor  
de sobrevivir con fuego a una gran quemadura.  
Esas velas que arden, todavía quemadas,  
donde despliega el sol su gran dominio,  
podrían ser mi casa si yo fuera un viajero  
algún día futuro dispuesto a ser feliz  
y a no regresar. O serían mis alas, que necesito  
ahora, para imitar las velas que me acosan  
donde también el sol hace valer su poderío.  
Recordar como hoy, un día en el que tú,  
dondequiera que vivas, me llevas a tus filas,  
donde está tu futuro y tu vasto pasado.  
Si miras como yo verás los barcos, las velas  
inflamadas y querrás navegar para buscarme a mí,  
muerto algún día, aunque puede que en paz  
o tal vez agitado para buscarte a ti, promesa  
de bajel repleto de tesoros, amor desvencijado  
como nube rasgada, inatrapable pájaro  
-vencejo enloquecido, golondrina cansada-  
y para ganarme a mí, en la butaca fijo  
esperando que llegues, horizonte de llamas  
e inconcebible viaje que no sé cuando empieza.

## CABALLOS EN LA NOCHE

La noche me acaricia: eres tú, el viento,  
y vienes del hipódromo donde están los caballos  
en su establo pensando en la carrera  
que tienen que ganar, hoy o mañana,  
o ayer o nunca. Ligerero como el viento,  
yo también me obsesiono con la carrera larga  
que me obliga a correr mi inevitable sino.  
En mi establo reposo aguardando la noche  
en que sé que el jinete me clavará su espuela  
para que gane yo lo que él me pide,  
el merecido premio, el merecido sueño.  
Pero no dormiré pensando en la carrera:  
el jinete me aguarda y temo sus espuelas.

## 2. El viaje

## VIAJEROS

En esta noche sólo hay viajeros permanentes.  
¿Quieres viajar con ellos sin saber  
si es su rumbo el que te corresponde a ti?  
Mirarlos ya es viajar y permanecer sentado  
ya es saber la ciencia del destino.  
No es oscuro el conocimiento de la noche  
pero sí es segura la avidez de tu vuelo  
compenetrado con la certidumbre de su canción.  
Vistos los nidos, escaladas las torres,  
milimetrados los ladrillos del alto campanario,  
recorridos los caminos al lado del erial,  
sólo queda confiar en el viaje que aprenden  
los viajeros con el rumbo adecuado  
que es el de la fe ciega en la vida encontrada.

## JORNADAS MUY LARGAS

Nos esperan jornadas todavía muy largas.  
Lo pienso ahora, hoy, al contemplar las distancias  
que ha cubierto mi vida con demasiado esfuerzo.  
Tendremos que preparar nuevos viajes, numerosos

viajes,  
sólo para llegar a esta meta que ni siquiera es un fin  
porque en ella una vez más recomienza la vida  
y con ella los viajes, los numerosos viajes.  
La meta: ver morir. El viaje: comprender  
ese fallo, esa cuesta segura, esa zanja insalvable.  
El viaje: conocer horizontes y acotarlos y amarlos  
tanto como yo amo el mío, mi horizonte.  
Un denso moratón roto en los bordes de la nube  
por una hoguera rosa, salpicada de rastros  
de cenizas viejas llevadas por el viento.  
Un árbol resistente, eternamente el mismo,  
a veces sacudido por el viento del páramo  
y otras en compañía de la calma y la serenidad.  
Si llega la brisa, un balanceo y, con él,  
la probabilidad de que la luz se combe, se enrede  
y se disuelva en cualquiera de las caras de una hoja  
(o no se disuelva y se quede allí, como agarrada  
a una superficie donde sabe que es fuerte y respetada).  
Si hay alimentos, lluvia de vengejos  
y muy elevadas cotas de amor y fuerza.  
Mi horizonte: mis viajes y mi vida,  
y mis trayectos y mis zanjas y mi serenidad.

## LAS MIGRACIONES

Peregrinar no conduce a ninguna parte, decimos.  
Los peregrinos se cansan, se torturan y, a veces,  
mueren sin haber podido besar la cruz de su destino.  
Dejan todo lo que forma la vida alrededor del fuego:  
un salón hecho para descansar y mirar siempre  
por la ventana que da a un mismo e invariable

paisaje  
en donde cabe el mundo entero e incluso el paraíso.  
Una casa en donde nada se muere ni nada se lastima,  
donde tienen garantizado, si un día se van,  
una mirada que los protege para el viaje de vuelta.  
Dejan todo eso porque una fe se lo exige  
y en ocasiones mueren en los destierros, sin haber visto  
a Dios.  
(Dios era su fe, la fuente que saciaría para siempre  
su sed o la luz que aplacaría para siempre su tiniebla).  
Por eso decimos que duele peregrinar, que es malo.  
Y, sin embargo, esta tarde, al abrir ilusionado la ventana,  
he visto una bandada de pájaros que emigraba con  
serenidad  
y decisión y he pensado que emigrar es benéfico  
porque lleva a la orilla donde se abre la vida  
hacia el misterio de ver que algo se aleja para no regresar.  
No regresar no es malo porque es la señal  
—puede ser la señal—  
de que has bebido en la fuente y has probado el bocado  
de las uvas maduras en el otoño de la serenidad.

## EL VIAJE

### (I)

No sé quién preparó el viaje, si vosotros o yo,  
un día que alguien debió fijar en el destino.  
Y obedecemos. Y fuimos ganando en el trayecto  
los recuerdos desdibujados por el tiempo: trigo  
olvidado en el silo de la memoria, encinas  
calcinadas en el calvero del desierto,  
pujantes amapolas regadas por mi vista, y violetas  
pardas sacadas del erial para la vida.  
Todo lo que ganamos estaba en tus ojos,  
mamá que mirabas en el silencio de tu recuerdo,  
en la melancolía de tu atención, en el silo  
inagotable de tu cosecha, en el ayer sigiloso  
del cristal empañado con tu rostro en el mío.  
Todo lo que ganamos, todo lo que perdimos,  
el castillo derrumbado, la fortificación en ruinas,  
las ermitas distantes como el desgarrado adiós  
de nuestros viajes. Tu dibujo en silencio,  
tu cosecha en silencio. Y llegamos.  
Y al despertar vi toda la luz que abandonamos,  
íntacta, aún no cosechada, todavía no desperdiciada.

### (II)

¿Te pregunté si habías reparado en lo que yo?  
No, porque no podía saber si en el ayer  
tú estabas como yo, atravesando el límite  
del viaje para llegar al árbol recuperado  
o al pájaro que se quedó atrapado en el cristal.  
Yo me quedé en lo que vi, y ahora sé  
que no viajé más allá del límite  
de mi recuerdo pasajero: permanecí en el árbol,  
en la ermita lejana, en el cerro pelado,  
en la cumbre cenicienta que cabalgaba a lomos  
de la sierra fantástica. No llegué a mi destino

y no me asombró la suerte de mi infancia:  
era feliz así, sin apearme, quedándome  
en el traqueteo del tren de mi cosecha  
que entonces no comprendí y que ahora entiendo.

### (III)

Pero yo sé que tú estabas como estaba  
el cerro en la distancia pero cerca de mí.  
O como estaba la casa fugitiva  
del pueblo perdido en la soledad del páramo  
que se alejó en el viaje y se quedó  
en el tiempo que coseché llamando  
a la puerta que nadie abrió jamás.  
Tú estabas como seguía el río  
año tras año derramado en sí mismo  
como un viajero más que se obsesiona  
con la primavera en que muere su corcel  
(que era su lodo removido por la corriente  
del deshielo cuando murió el invierno).  
Se fue, se alejó de prisa, creó  
el vértigo del fin irremediable.  
Y, sin embargo, como a ti misma,  
arrastró a la vida para hacerla posible  
hoy que resucita la corriente perdida  
y con los ojos abiertos recorremos  
uno a uno los puentes, uno a uno los años,  
cada uno de los días crecidos como chopos  
junto al río que se perdió y que hoy regresa  
de la mano de tu mirada y también de la mía.

## EL REGRESO

Regresaba, sí, regresaba, y regreso ahora, regreso.  
Pero no vuelvo atrás sino que ando de nuevo  
y llego a donde estaba mi vida conservada.  
Allí está y aquí está, traída en el cofre  
que enterré bajo tierra para que no se perdiera nunca  
jamás.

Y no se pierde. Mirá cómo no se pierde.  
Obsérvalo rápido, por si acaso. Pero ahí está  
y aquí está: la vida en mi mesa  
con el nombre del amor que ahora comprendo.  
Sólo ahora y por eso le nombro, al instante,  
que es mucho más que la duración sofocada  
por el entierro del tiempo incomprensible  
(los minutos que pasan no atrapados  
por ningún cazador porque todos dormían,  
incluida la tierra que también dormía).  
Pero no es el instante; es mucho más que eso:  
es el amor sorprendido en el huerto de junio,  
cuando había florecido y no podía más.

## INDICE